

DISCURSO

DEL SEÑOR DOCTOR LUIS CUERVO MARQUEZ, MINISTRO
DE GOBIERNO, EN LOS FUNERALES DEL DOCTOR
LIBORIO ZERDA

Señores:

Cumplo con el deber de tributar en nombre del Gobierno de la República un alto homenaje de respeto y de admiración al hombre ilustre que pudo aunar la modestia con la sabiduría, la virtud con el áspero roce de la vida mundanal, la benevolencia con la rectitud y la ciencia, amplia y sin prejuicios, con la fe sincera y candorosa que como hálito de esperanza alentaba esa vida trajinada por el tiempo y el dolor.

Si la sabiduría consiste no solamente en la multiplicidad de los conocimientos, sino en una inteligencia cuyo poder llegue al descubrimiento de la verdad por la aplicación, muchas veces intuitiva, de las leyes fundamentales que rigen lo existente; si la sabiduría es no sólo un cúmulo de adquisiciones científicas aisladas sino un criterio que sirve para encontrar la razón de la armonía que comanda y preside todos los fenómenos de la vida; si la ciencia, en su más pura acepción, no tiene otro fin que la posesión de la verdad, ni otros medios que la observación y la sinceridad, debe reconocerse cuán difícil será iniciarse en los misterios de Minerva y cuán imposible para la generalidad de los hombres sacrificar en la ara secular que ha sentido el contacto de todas las razas y todas las edades.

El maestro ilustre que en vida se llamó Liborio Zerda, amó la ciencia por la ciencia misma, la amó con la pureza y el desinterés con que sólo puede amar el más excoleso idealismo. A ella sacrificó juventud, y edad madura, y vejez propecta. Nada exigió de ella, salvo quizá el tímido alborozo de las íntimas pasiones.

La ciencia, en cambio, fue pródiga con el maestro; iluminó con su inextinguible antorcha el camino de su vida trazándole la senda de su adolescencia, vigorizando su espíritu y espiritualizando su ancianidad con albores de futuras claridades.

Cual cuerpo luminoso su alma irradiaba en todas direcciones y a su redor se disipaba la oscuridad: las ciencias físicas, la química, los lejanos horizontes de la medicina, la sociología, la filosofía y sus ciencias derivadas fueron campos de su actividad y de su labor.

Profesor en la Facultad, Rector de la misma, Ministro de Instrucción Pública, el doctor Zerda recorrió con brillo el escalafón científico de la representación oficial. Sus discípulos recordamos siempre sus precisas y eruditas conferencias, en las que a la verdad científica unía el buen decir del purista familiarizado con los maestros de la Lengua.

Anciano de 85 años, pobre y desvalido, ciego del cuerpo, pero con la luz del alma, el maestro, que debía ser el orgullo de su patria, recorría hasta ayer trémulo las calles de su ciudad natal haciendo exclamar, como al padre de Aristides: «Así pagan las Repúblicas a sus viejos servidores!»

Descance en paz, en la paz del Señor, esa alma pura. La posteridad sabrá hacer justicia al maestro egregio y preclaro ciudadano.

